

Roxana Hidalgo Xirinachs

Arquitectas de la palabra

Praxis política de las trabajadoras domésticas



EDITORIAL
UCR

Roxana Hidalgo Xirinachs

Arquitectas de la palabra

Praxis política de las trabajadoras domésticas

The logo for Editorial UCR 2025 is located in the bottom right corner. It consists of three horizontal, slightly slanted lines above the text "EDITORIAL UCR 2025".

EDITORIAL
UCR
2025

CC.SIBDI.UCR - CIP/4268

Nombres: Hidalgo Xirinachs, Roxana, autora.

Título: Arquitectas de la palabra : praxis política de las trabajadoras domésticas /
Roxana Hidalgo Xirinachs.

Descripción: Primera edición. | San José, Costa Rica : Editorial UCR, 2025.

Identificadores: **ISBN 978-9968-02-256-9** (rústico)

Materias: ARMARC: Empleadas domésticas – Condiciones sociales – Costa Rica. |

Empleadas domésticas – Asistencia institucional – Costa Rica. |

Empleadas domésticas – Asociaciones, etc. – Costa Rica. |

LEMB: Mujeres inmigrantes – Condiciones sociales – Costa Rica. |

Derechos de la mujer – Costa Rica. | Nicaragüenses – Costa Rica.

Clasificación: CDD 305.436.404.609.728.6–ed. 23

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Primera edición: 2025.

Editorial Universidad de Costa Rica,

Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

Apdo.: 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257

administracion.siedin@ucr.ac.cr

www.editorial.ucr.ac.cr

Prohibida la reproducción total o parcial.

Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Índice

Introducción	13
Feminización de la migración y trabajo doméstico: paradojas y contradicciones	16
Vulnerabilidad y excepcionalidad en el cuidado de la vida y el trabajo doméstico remunerado	27
Primera mirada: experiencia laboral en el trabajo doméstico y maternidad transnacional.....	39
Reflexiones metodológicas sobre las experiencias narrativas	51

Primera parte

La experiencia de la Red de Mujeres

Migrantes Nicaragüenses:

nuevas formas de organización y solidaridad

1.1 Sobre los orígenes de la Red de Mujeres Migrantes Nicaragüenses: construcción de espacios alternativos de participación social	61
1.2 Fundación de la Red de Mujeres Migrantes Nicaragüenses: el <i>nosotras</i> como espacio de lucha social y política.....	89

1.3	Procesos de autorreflexión y autodeterminación en el trabajo grupal	129
1.4	El trabajo en torno a la violencia contra las mujeres: un acercamiento a dos casos emblemáticos	161

Segunda parte

La Asociación de Trabajadoras Domésticas, Astradomes: nuevas formas de lucha social y participación política

2.1	Sobre los orígenes y la historia de Astradomes: del albergue a la casa propia.....	173
2.2	Talleres de concientización y capacitación en autoestima, derechos humanos y laborales.....	203
2.3	Lucha por la Ley de Trabajo Doméstico Remunerado: un logro histórico.....	235
2.4	Lucha por el Convenio sobre el Trabajo Decente para las Trabajadoras y los Trabajadores Domésticos	273

Reflexiones finales

3.1	Cambios y continuidades en las relaciones entre los géneros.....	315
3.2	La autonomía político-subjetiva como recurso histórico en las mujeres	325

Bibliografía	345
---------------------------	-----

Introducción

Cuando las mujeres blancas 'emancipacionistas' definieron el trabajo remunerado como camino para la liberación, no prestaron atención a aquellas mujeres que son las más explotadas en la fuerza de trabajo americana (...). Si hubiesen prestado atención a las mujeres que ya trabajaban y que eran explotadas como fuerza de trabajo de reserva barata en la sociedad americana, habrían dejado de romantizar la búsqueda de las mujeres blancas de clase media de un empleo que les satisficiera.

BELL HOOKS

A partir de un contexto teñido por guerras fratricidas, crisis económicas devastadoras y tragedias naturales de enormes proporciones, a comienzos del siglo XXI, un grupo de mujeres nicaragüenses se vieron presionadas a emigrar a Costa Rica en busca de mejores condiciones de vida para ellas y sus familias. Así, tomaron la difícil decisión de emigrar como la única forma posible de enfrentar tanto la precariedad económica y las limitaciones para acceder a mejores condiciones de educación como aquellos conflictos y violencia de género que vivieron en la relación con sus parejas y familias. En el país de acogida, la única alternativa que encontraron fue el trabajo doméstico remunerado como personas indocumentadas: experiencia laboral marcada, de forma cruel y violenta, por la discriminación xenofóbica y la explotación

laboral (Hidalgo, 2016). Tejiendo historias a partir de sus relatos de vida, este libro se acerca a sus experiencias migratorias como mujeres, pero, especialmente, a aquellas estrategias de organización social y política que terminaron construyendo colectivamente como una forma activa de enfrentar la violencia y la discriminación vividas.

Este texto surge de una investigación más amplia en la que realicé un intenso trabajo de campo que se extendió durante cuatro años y en el que utilicé como recursos principales las historias de vida y la investigación participativa. En esta primera mirada al tema, trabajé, principalmente, con doce mujeres migrantes nicaragüenses que se habían insertado en el trabajo doméstico remunerado y con dos organizaciones que trabajan por los derechos humanos y laborales de las mujeres migrantes y las trabajadoras domésticas en Costa Rica: la Asociación de Trabajadoras Domésticas (Astradomes) y la Red de Mujeres Migrantes Nicaragüenses. De esta primera fase de la investigación surge un primer libro que se titula: *Mujeres de las fronteras. Subjetividad, migración y trabajo doméstico* (Hidalgo, 2016)¹.

En ese primer acercamiento abordé fundamentalmente la ambivalencia, contradicciones y paradojas que tiñeron sus experiencias laborales como trabajadoras domésticas y sus vivencias de maternidad transnacional. Es importante aclarar que diez de las doce mujeres dejaron a sus hijas e hijos en Nicaragua, en manos de hermanas, tías, abuelas o, en algunos casos, de los padres de las niñas y niños. La situación de indocumentación obligó, a la mayoría de ellas, a enfrentarse con la desgarradora experiencia de no poder visitar a sus hijas e hijos durante un periodo de tres

1 En el apartado “Primera mirada: experiencia laboral en el trabajo doméstico y maternidad transnacional” (pp. 29-40) desarrollo de forma detallada la etapa inicial de esta investigación, tanto la propuesta metodológica como los contenidos y aportes de dicha fase. Los resultados posteriores se exponen extensamente en el presente libro.

o cuatro años, como mínimo. Esto fue consecuencia de una amnistía migratoria impuesta por el gobierno de Costa Rica durante esos años, como condición para poder obtener la visa de residencia.

De este grupo de doce mujeres, la mitad no tenía experiencias organizativas previas, mientras que la otra mitad, más bien, estaba formada por lideresas que participaban en organizaciones que luchaban por los derechos humanos de las mujeres migrantes y las trabajadoras domésticas en Costa Rica. En este segundo libro que tienen ustedes en sus manos, escucharemos las voces de las mujeres que estaban organizadas con el fin de acercarnos a las vivencias subjetivas que las llevaron a buscar alternativas de organización social y política diversas, para enfrentarse con las formas de violencia patriarcal, xenofóbica y laboral que soportaron durante años. En este texto vamos a explorar cómo surgió un intenso proceso de transformación subjetiva, que las llevó a tejer espacios de comunidad en los que el lugar de sujeción, dominación y explotación que enfrentaron durante los primeros años de la experiencia migratoria les permitió, como dice Fernández (2009), asumir una novedosa experiencia de autonomía político-subjetiva en sus vidas.

Las narraciones de estas mujeres se abordaron como manifestaciones subjetivas de fenómenos sociales, históricos y políticos que se han desarrollado en el nivel transnacional, como la feminización de las migraciones, la pobreza y la supervivencia (Sassen, 2003 y 2015; Cobo, 2005; Amorós, 2005). En otras palabras, la tensión irresoluble entre subjetividad y objetividad marca profundamente el enfoque de esta investigación. No considero que pueda establecerse una frontera clara entre las experiencias afectivas, laborales o políticas de estas mujeres, como sujetos de sus propias historias, y la realidad sociohistórica. Al contrario, asumimos que sus experiencias subjetivas como mujeres, madres y lideresas políticas están tejidas con la realidad social, cultural e histórica que han marcado sus vidas, tanto en su país de origen como en el de acogida.

Feminización de la migración y trabajo doméstico: paradojas y contradicciones

En relación con la migración transfronteriza entre Nicaragua y Costa Rica, es importante enfatizar que esta ha sido un rasgo fundamental que ha marcado profundamente nuestra historia común como naciones vecinas. Nuestra historia de vecindad está teñida, de acuerdo con Morales (2007), por el intercambio de mercancías y manifestaciones culturales muy diversas, movimientos poblacionales continuos en ambas direcciones y una convivencia social y cultural enraizada en una amplia zona fronteriza. Durante todo el siglo XX, los procesos migratorios entre ambos países, sobre todo desde Nicaragua hacia Costa Rica, se mantuvieron constantes, con un crecimiento significativo a partir de la década de los noventa, y es el movimiento migratorio intrarregional más importante de la región centroamericana (Morales, 2007).

De acuerdo con los resultados del Censo Nacional de Población del año 2000, la población extranjera en Costa Rica, que se había mantenido estable entre un 2,5 por ciento y un 4,2 por ciento durante la segunda mitad del siglo XX, alcanzó un 7,8 por ciento de la población total a finales de ese siglo (Morales, 2008). De acuerdo con un estudio de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), esta proporción es la más alta registrada durante el siglo XX en Costa Rica, y también la más alta entre todos los países latinoamericanos (Comisión Económica para América Latina y Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía, 2006). Posteriormente, de acuerdo con el censo de 2011, las personas inmigrantes en Costa Rica llegaron a representar un 9 por ciento de la población, entre las cuales la mayoría (75 por ciento) son nacidas en Nicaragua (6,7 por ciento de la población) (OCDE/FUNDEVI, 2017)².

2 Una investigación realizada por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), con apoyo del Centro Centroamericano de Población (CCP), afirma, en relación con la inmigración nicaragüense en Costa Rica,

Primera parte

**La experiencia de la Red
de Mujeres Migrantes Nicaragüenses:**
nuevas formas de organización y solidaridad

1.1

Sobre los orígenes de la Red de Mujeres Migrantes Nicaragüenses: construcción de espacios alternativos de participación social

El trabajo reproductivo no es, sin duda alguna, el único trabajo por el que se pone en cuestión lo que le otorgamos al capital y «lo que nos damos a nosotras mismas». Pero desde luego es el trabajo en el que las contradicciones inherentes al «trabajo alienado» se manifiestan de manera más explosiva, razón por la que es el punto cero para la práctica revolucionaria, incluso aunque no sea el único punto cero. Puesto que no hay nada tan asfixiante para la vida como ver transformadas en trabajo las actividades y las relaciones que satisfacen nuestros deseos.

SILVIA FEDERICI

Como ya analizamos en la primera investigación (Hidalgo, 2016), durante los últimos treinta años se han producido transformaciones importantes en los procesos migratorios entre Nicaragua y Costa Rica, experiencias migratorias que, no obstante, han marcado la historia de ambos países desde sus orígenes como Estados nacionales (Alvarenga, 1997 y 2007; Morales y Castro, 1999; Morales, 2007; Morales, 2011). Por un lado, se ha generado

un incremento significativo en la cantidad de personas migrantes¹³ y, por otro lado, esta nueva ola migratoria se caracteriza por un proceso creciente de feminización, en el que la participación de las mujeres no solo se ha incrementado cuantitativamente, sino que su presencia también ha implicado cambios cualitativos significativos (Lerussi, 2008; Loría, 2002 y 2007; Carcedo, Lexartza y Chaves, 2012; Hidalgo, 2016). Las mujeres han empezado a emigrar en grandes cantidades de forma individual, sin la compañía de sus parejas o de otros familiares. La mayoría de estas mujeres decide emigrar hacia Costa Rica, como parte de un proyecto de vida que implica asumir la función de proveedoras exclusivas o principales de sus familias, ya sea de sus propios hijos e hijas o de familiares cercanos.

En el contexto de estas nuevas formas de participación femenina, voy a analizar el trabajo organizativo de las mujeres migrantes nicaragüenses que se han insertado como trabajadoras domésticas en Costa Rica. Este constituye el principal espacio en que las mujeres migrantes nicaragüenses se pueden incorporar en el mercado laboral costarricense, no necesariamente porque esta haya sido su experiencia laboral en Nicaragua, sino porque es prácticamente la única opción que se les permite de parte del Estado costarricense. De forma casi que exclusiva se tramitan, solamente, solicitudes de permiso laboral en el campo del trabajo doméstico. Por esta razón, mujeres nicaragüenses que tienen educación secundaria o técnica como las maestras, las asistentes de enfermería y las secretarías, por ejemplo, solo consiguen permiso laboral en

13 En relación con el crecimiento de la migración transfronteriza entre Nicaragua y Costa Rica, afirman Morales *et al.*: “El porcentaje de personas inmigrantes sobre la población total que se había mantenido relativamente constante en alrededor del 3.2 %, como promedio, durante los períodos intercensales entre 1950 y 1984, pasó a 7.8 % en 2000. Ese crecimiento fue el resultado directo del aumento del flujo desde Nicaragua que, de constituir entre 1950 y 1984 poco más de la mitad del total de inmigrantes, en 2000 abarcó a más de tres cuartas partes de esa población” (2011, p. 16).

este campo. Esta limitación implica una forma fundamental de discriminación tanto hacia las personas inmigrantes nicaragüenses, como particularmente hacia las mujeres.

De la totalidad de relatos con los que trabajé en la investigación que da vida a este libro, todos pertenecen a mujeres que estaban organizadas y participan activamente en experiencias de lucha por sus derechos humanos y laborales. De manera que en este texto vamos a escuchar fundamentalmente las voces de mujeres que están organizadas social, cultural y políticamente. Mujeres que llegaron a Costa Rica, algunas –no todas– con historias de procesos organizativos y lucha vinculados con la experiencia revolucionaria nicaragüense, que emigraron y se insertaron en el trabajo doméstico remunerado en Costa Rica y que gradualmente se fueron incorporando a procesos organizativos que se centraron en la defensa de condiciones laborales, relaciones entre los géneros y experiencias de interculturalidad más justas y equitativas.

El interés es acercarnos a las formas en que estas mujeres viven procesos de concientización y autorreflexión no solo sobre sus propias experiencias laborales como trabajadoras domésticas, sino también sobre sus propias vivencias como mujeres migrantes en un país extranjero y en sociedades estructuradas a partir de relaciones de poder patriarcales, clasistas, etnocéntricas y racistas. Además, me interesa abordar cómo se entrelazan los procesos de transformación de sus subjetividades como mujeres y como lideresas, con las formas diversas de praxis social y política que ellas mismas han venido desarrollando.

En esta primera parte vamos a analizar, específicamente, las experiencias particulares de las mujeres miembros de la Red de Mujeres Migrantes Nicaragüenses¹⁴. A continuación, vamos

14 En relación con los orígenes, características y objetivos, Jutinico resume lo siguiente: “La Red de Mujeres Migrantes Nicaragüenses se constituyó (formalmente)

a escuchar las voces de las mujeres fundadoras, sus orígenes y el trabajo que realizan actualmente¹⁵. Esta nace a comienzos del siglo XXI, entre el 2001 y el 2003. Para el 30 de mayo del 2001, Día de las Madres en Nicaragua, por la radio se convoca a las mujeres nicaragüenses a una actividad para celebrar la festividad. A esta actividad asisten varias de las mujeres fundadoras de la Red, todas con una mezcla ambigua de desconfianza, curiosidad y seducción por la convocatoria. Durante la actividad se ofrece comida típica, se baila y se comparte entre compatriotas nicaragüenses.

Al ir finalizando la actividad, Aminta Ortíz, una lideresa nicaragüense, que formaba parte de la Fundación de Género y Sociedad¹⁶, les propone a varias de las mujeres que habían asistido

en 2003, está conformada por 600 mujeres, tiene presencia en 22 localidades de Costa Rica y cuenta con una plataforma de trabajo a través de la cual se comprometen a desarrollar los siguientes temas (Red de Mujeres Nicaragüenses. Plataforma de Trabajo, 2003): 1. fortalecer la autoestima de las mujeres nicaragüenses, validando la identidad nacional y lo aprendido durante la experiencia migratoria; 2. impulsar la creación de grupos de apoyo; 3. promover la organización de las mujeres; 4. realizar campañas informativas sobre derechos y responsabilidades; 5. gestionar oportunidades de capacitación técnica en proyectos productivos; 6. gestionar la apertura de Casas de Atención a la Familia Migrante para brindar asesoría legal, servicios de atención a la niñez y adolescencia y apoyo a víctimas de violencia intrafamiliar; 7. promover la integración social y económica de la mujer migrante y su familia a la sociedad costarricense; 8. abrir espacios de comunicación entre mujeres migrantes y mujeres costarricenses con las que se comparten las mismas problemáticas de género; 9. desarrollar un trabajo de gestión y de representación ante las instituciones oficiales y las organizaciones de la sociedad civil; 10. establecer alianzas con instituciones que trabajan el tema migratorio” (2009, pp. 28-29).

- 15 Este apartado surge tanto de entrevistas individuales a tres lideresas de la Red, de diversas experiencias de observación participante en diferentes actividades, como de espacios de reflexión grupal coordinados por mi persona, que se realizaron con la finalidad específica de abordar y reconstruir el surgimiento y la historia de la organización. Estos espacios grupales fueron propuestos por las mismas lideresas de la Red.
- 16 “La Fundación Género y Sociedad (GESO) es una organización sin fines de lucro, creada en 1993 en San José de Costa Rica, cuyo ámbito de trabajo es regional con énfasis en el área centroamericana, tal como lo demuestran las investigaciones, consultorías y asesorías brindadas y que se enlistan más adelante. Su principal objetivo es elaborar e implementar proyectos sociales y culturales

organizarse para defender sus derechos como mujeres migrantes y las convoca a una reunión la semana siguiente. El interés de las mujeres es tan fuerte que varias de ellas llegan a la convocatoria puntualmente y, así, se inicia una historia de trabajo organizativo conjunto que ya lleva casi veinte años. En uno de los espacios grupales que organizamos con las fundadoras de la Red para reconstruir con ellas mismas sus orígenes, nos narra Olinda Bravo, una de las fundadoras y lideresa actual¹⁷, sobre ese mítico día donde se encuentran y se conocen por primera vez:

Entonces ella estaba cuando llegamos *nosotras* y diay ya nos preguntó la Aminta. Lindísimo, un ambiente muy precioso para *nosotras, porque no teníamos contacto con ninguna otra nicaragüense, estábamos solas, no conocíamos a nadie*. Y entonces encontrarse a una, una compatriota, fue algo muy lindo, como nos recibió la Aminta: “¡Vengan!”. Y entonces ya nos dice: “Yo soy de Ochontal” y entonces comenzamos a platicar, y nos dice: “Pero vengan que les voy a presentar a otras compañeras”. Nos presentó a la Eva Marta, estaba Mincho, estaba la Alejandra, estaba la Martota, y estaba la Lolona. Le decimos Lolona porque es bien alta. Ella era Lolita y la otra era la Lolona. Entonces ahí estuvimos bailando e hicimos concursos, había de todo ahí. (Énfasis propio) (comunicación personal)

que, incorporando la perspectiva de género, promuevan la equidad social. Las principales líneas de trabajo de GESO comprenden: la investigación; la asesoría a diferentes organismos en materia de gestión y evaluación de políticas públicas, diseño y evaluación de programas y proyectos; la planificación estratégica con perspectiva de género; la capacitación, comunicación, información y divulgación; las producciones para radio; el diseño, edición y publicación de materiales impresos; las relaciones públicas y la coordinación, evaluación y ejecución de proyectos” (Fundación Género y sociedad [página web] entrada el 2 de noviembre del 2020).

- 17 Los nombres de algunas de las fundadoras y actuales lideresas de la Red de Mujeres Migrantes Nicaragüenses se utilizan con su autorización, particularmente en los casos de Dolores Corrales, Olinda Bravo y Eva Marta González, quienes participaron activamente en esta investigación. Otros nombres se cambiaron para proteger la identidad de las mujeres. El trabajo de campo que se analiza en este apartado se realizó durante los años 2009 al 2012.

Las mujeres que llegan a ese encuentro inicial y que luego participan en los procesos de capacitación posteriores son una parte fundamental de la historia de la Red. En las conversaciones individuales y en los espacios grupales que organizamos con las mujeres de la organización, siempre estuvieron muy presentes los nombres y las historias de las mujeres fundadoras. Estos espacios grupales fueron propuestos por ellas mismas con el objetivo de reencontrarse y reconstruir conjuntamente la experiencia de fundación y la historia de la Red. Entre ellas mismas se convocaron e incluso llegaron mujeres que habían participado de este proceso inicial, pero que ahora estaban alejadas del trabajo cotidiano. Hubo otras que no pudieron llegar a las reuniones porque habían regresado a Nicaragua y, una de las fundadoras en particular, no pudo asistir por encontrarse incapacitada por razones de salud.

El poder nombrarse a sí mismas y dejar de vivir en el anonimato en este país se convirtió en una experiencia fundamental para las fundadoras. Como dice Dolores Corrales, también fundadora y lideresa actual: “Allá en Nicaragua uno es doña tal, pero acá no somos nadie” (comunicación personal). En otro testimonio, Olinda Bravo hace referencia al aislamiento y la inseguridad que vivían la mayoría de las mujeres nicaragüenses que emigraban hacia Costa Rica en aquellos años, en muchos casos sin documentos. Y enfatiza en cómo esta convocatoria implicó un giro fundamental en sus vidas, podríamos decir, un antes y un después en la experiencia migratoria:

Como te digo, Roxana, no conocía a nadie en este país, solo mi hermana. Yo decía, “Ay, Dios mío”, pero me acordaba de todos los que estaban allá, de mi mamá cuidando a los chiquitos y todo lo que había que gastar y decía, “bueno mejor me aguanto”. Y ya después fue que nos empezamos a organizar en la Red. Y una fiesta que anunciaban con el radio y entonces dice, “Vengan a celebrar aquí, júntense todos los nicaragüenses” (...). Iba a ser 30 de mayo, estaban

invitando a que fuéramos y le digo yo a mi hermana: “¿Qué, vamos?”. “Ay”, dice, “En esas cosas y sin papeles” (...). Sí, con miedo. Y le digo yo, “Ay, yo voy a ir”. Y nos fuimos a la fiesta. Nos dieron la música nicaragüense, marimba, comida. (Comunicación personal)

En este relato se hace evidente, por un lado, el aislamiento, la incomunicación y la soledad en que se encontraban muchas mujeres migrantes, que no contaban con espacios conjuntos para compartir con otras mujeres o compatriotas en condiciones semejantes. Asimismo, se pone de manifiesto la dificultad que implicaba no contar con documentos regularizados y el temor a participar de estos posibles espacios organizativos. No obstante, también está presente la urgencia de estos encuentros y la capacidad de enfrentarse con el miedo y la inseguridad que su condición migratoria implicaba.

En otro testimonio en relación con ese primer encuentro, el contexto y las motivaciones que finalmente las llevan a unirse como grupo para organizarse y empezar a luchar por sus derechos, Eva Marta González, otra de las fundadoras y lideresa, cuenta una experiencia de maltrato físico que vivió de parte de una patrona, recién llegada a Costa Rica, y cómo esta experiencia y este encuentro con otras mujeres en situaciones semejantes marcó su estadía en este país hasta el día de hoy:

Bueno la historia comienza así, *nosotras* venimos de todo lado de Nicaragua y la verdad es que nos sentábamos en el parque y oíamos el maltrato de las mujeres que estaban a la par de *nosotras*, lo que les hacían los patronos, que las trataban muy mal, incluso me recuerdo que yo fui una víctima también de eso, de un golpe en la cara que me dio una patrona. Que me hizo llorar, me acuerdo de eso. Me sacó las lágrimas la vieja condenada. Pero, así como ella me lo sacó, yo me amarré de valor y yo la agarré de las mechas y le di también (...). No me dejé nada, me pegó y me hizo llorar (...).

Bueno otras contaron unas vivencias muy duras, crudas. Entonces me recuerdo que para un 30 de mayo oímos en la radio Cucú, que era la única emisora que sabíamos que existía, que estaban invitando a las mujeres nicaragüenses a un festival del día de las madres (...). Entonces la Lola, como no es escandalosa, se puso a gritar ella alegre, y comenzó aquella música, los premios, a olvidar, como dicen, las vivencias que habíamos vivido, como a superarlo. (Énfasis propio) (comunicación personal)

El contraste que esta experiencia implicó en la vida de estas mujeres parece representar un hito en sus historias, un cambio fundamental que las llevará por derroteros desconocidos. Hasta ese momento, la experiencia de la migración, para la mayoría de ellas, había estado marcada por condiciones de soledad, aislamiento y vulnerabilidad muy intensas. Estas condiciones estaban determinadas no solo por la situación migratoria en sí misma y la casi ausencia de redes de apoyo, sino sobre todo por el tipo de trabajo realizado. Recordemos que la mayoría de ellas se insertaban en el trabajo doméstico “puertas adentro”, es decir, durmiendo en la casa de las personas empleadores.

Esto ocurría por razones prácticas, como no tener o poder pagar casa propia o por la necesidad y exigencia misma de las personas empleadoras. Esta convivencia implicaba, por regla general, pasar encerradas en el lugar de trabajo de lunes a sábado y, además, tener que llegar a dormir el domingo por la noche. De manera que el aislamiento social se volvía excesivo y asfixiante¹⁸. En relación con el impacto que les produce la propuesta de organizarse, afirma Olinda:

18 Esta experiencia se manifestó en las narraciones de la mayoría de las doce mujeres participantes en la primera investigación, que funciona como antecedente de esta (Hidalgo, 2016).

Y ya cuando iba a terminar la actividad, la Aminta dijo que por qué no nos organizamos, que nos quedamos con los ojos cuadrados: “Estás loca, si ni papeles tenemos, qué nos vamos a organizar”. Porque *nosotras* ni sabíamos de nuestros derechos, ni nada. ¡Loca, la Aminta! Entonces dice: “Las espero en la UNED. ¿Ustedes conocen? Inviten a otras mujeres y ahí les vamos a platicar (...). Vamos a estar dando unos cursitos de autoestima, sobre sus derechos”. “¿Cuáles derechos?”, decíamos: “¿Qué es eso?” Y *nosotras* solo varas. Como ya nos habíamos organizado y nos habían dejado *guindadas* (abandonadas) siempre, entonces pensamos: “Algo quieren sacar de *nosotras*”. *Nosotras* siempre maliciosas, así todas *retracheras* (desconfiadas) porque decíamos: “debe ser que nos están engañando”. (Énfasis propio) (comunicación personal)

Una mezcla de *locura*, *incredulidad* y *desconfianza* aparece como la única explicación posible ante la sensación y la creencia firme de que, como mujeres migrantes en un país extranjero sin documentos, no tenían derecho a nada, no eran sujetas de derecho. Hasta ese momento les costaba creer que podían tener derechos laborales o derechos humanos en general, y mucho menos que podían organizarse y luchar por estos. La desconfianza, la incertidumbre y la perplejidad tiñeron este primer encuentro y esta posibilidad lejana, pero siempre presente de organizarse.

No obstante, a pesar del temor y la desconfianza que sintieron, un grupo importante llegó a la primera reunión y se mantuvo, incluso con más mujeres, durante este proceso de nacimiento. Las mujeres que llegaron a este primer encuentro se comprometieron a convocar a otras y compartieron parte de sus historias en una primera reunión a la que fueron convocadas, escuchemos varias de sus voces al respecto:

Y entonces, en esa reunión hicimos un compromiso de que íbamos a invitar a otras mujeres, porque les vamos

a comenzar a hablar sobre sus derechos y todo, pero primero comenzamos a moquear (llorar), todo mundo moqueó en esa primera reunión (...). Porque hicimos una presentación y cada una presentó de dónde venía y el motivo por el cual se había venido. Y entonces todo mundo ahí moqueando (...). Lo que me acuerdo es que llegamos y cada una contó su historia, de la manera que habíamos llegado a Costa Rica, y eso nos hizo sentirnos más hermanables, porque nos identificamos con lo que cada persona había vivido (...). Fuimos doce mujeres las que nos organizamos, de todo Nicaragua. La Red. Y era una cosa tan bonita, porque el dolor de una lo sentíamos todas. Si uno no andaba (dinero), ahí conseguíamos entre todas y le dábamos. Si no andábamos comida, entonces comíamos entre todas, un poquito cada una. (Comunicación personal)

El espacio para narrar y compartir sus historias, antes y después de la migración, implicó para estas mujeres la posibilidad de identificarse con las experiencias de las otras y crear un tejido social y afectivo nuevo, relaciones de amistad y solidaridad intensas que se han mantenido y se han ido transformando con el paso del tiempo. En estos espacios, la posibilidad de poner en palabras el sufrimiento subjetivo, acompañado por el *moqueo*, como ellas lo llamaban, hace referencia al llanto, el dolor y la catarsis que surgía cuando compartían sus relatos. Cada una, al ir narrando su historia, lloraba y reconstruía sus memorias y, así, se acompañaban y se transformaban las historias. Dejaban de ser historias individuales para convertirse en historias compartidas que, si bien en la mayoría de los casos las habían tenido que vivir en medio de una soledad y aislamiento extremos, ahora se convertían en un tejido social fundamental en sus vidas, en una experiencia de comunidad.

Ya no estaban solas y no solo podían ayudarse entre ellas, sino también apoyar a otras mujeres que iban llegando. Ahora no solo era posible compartir y lidiar grupalmente con las dificultades

y los logros de la experiencia migratoria, sino también desmitificar la experiencia y enfrentarla de una forma más consciente y autónoma. En esta misma línea, en relación con la llegada y el contraste violento y doloroso entre las ilusiones y la realidad concreta con la que se enfrentaron, comenta Dolores:

Porque muchas pensábamos que solo nosotras habíamos sufrido eso y que tal vez las demás habían tenido suerte y habían llegado de diferente forma, verdad. Pero nos dimos cuenta, la completa realidad, de que habíamos llegado y habíamos sufrido bastante y que habíamos vencido ese monstruo, como dicen. Porque definitivamente uno creía, decía uno: “Voy a ir a trabajar a San José, y qué lindo, verdad”. Y mucha gente te decía y vos lo llegabas a ver y como decir, era los Estados Unidos, segundo era aquí (...). Y qué va, cuando venía uno aquí, se daba cuenta la realidad (...). La equivocación de que era una ilusión. Entonces, uno se venía con una ilusión de que iba a encontrar trabajo y que el trabajo estaba a la vuelta de la esquina y que ibas a ganar bien y que ibas a mantener a tu familia allá en Nicaragua. (Comunicación personal)

El mito del paraíso laboral en los Estados Unidos se había desplazado a Costa Rica. Emigrar al país vecino tenía la ventaja, además, de estar cerca y tener el mismo idioma. No obstante, la realidad era muy lejana a la ilusión con la que viajaban estas mujeres y siguen viajando muchas personas migrantes alrededor del mundo. Las dificultades para conseguir trabajo se juntaban con las condiciones laborales de discriminación y explotación que caracterizan el trabajo doméstico remunerado. La posibilidad de ahorrar dinero, sobre todo durante los primeros años, en una gran mayoría de los casos, implicaba vivir en la casa de las personas empleadoras con las consecuencias laborales y personales que se han analizado a profundidad en la primera investigación (Hidalgo, 2016).

Permanecer en Costa Rica por tres o cuatro años, como mínimo, para conseguir residencia, sin ver a sus hijos pequeños o a otros familiares cercanos, en la mayoría de los casos, se entrelazaba con las condiciones de maltrato, humillación y explotación laboral que sufrían sin tener a quien acudir. Salarios muy inferiores al mínimo, jornadas laborales extensas y extenuantes (de 12 a incluso 16 horas diarias, 6 días a la semana), falta de privacidad, no reconocimiento de la licencia de maternidad, de las vacaciones, los días libres y el aguinaldo, acoso sexual y verbal, han sido condiciones generalizadas, presentes en la mayoría de los relatos analizados (Hidalgo, 2016). Estas experiencias vividas en condiciones de aislamiento y soledad extremas, propias del trabajo doméstico, sobre todo puertas adentro, se volvieron a menudo una situación dolorosa e inmanejable, no obstante, vivida como inevitable.

Es importante aclarar que estas condiciones de explotación, discriminación y violencia no son exclusivas de Costa Rica o América Latina, ni tampoco de las trabajadoras domésticas migrantes, sino que podrían generalizarse al trabajo doméstico en todo el mundo, sin embargo, se agudizan en el caso de las trabajadoras migrantes internacionales, particularmente si están indocumentadas. Condiciones que se hayan indisolublemente vinculadas con el proceso de globalización de las cadenas transnacionales de cuidado y de los afectos que se ha venido desarrollando durante las últimas décadas a nivel mundial, al que hicimos referencia anteriormente (Chang, 2000; Parreñas, 2001; Hondagneu-Sotelo, 2001; Ramírez-Machado, 2003; Mestre y Mestre, 2006; Pérez Orozco, 2014a y b).

Retomando sus relatos: *la ilusión se convertía en una equivocación, en un error*, e, incluso, en algo *monstruoso*, es decir, inabordable e incomprensible. Dolores repite con insistencia: “Porque era como un monstruo, porque si nosotras lo ponemos así, era un monstruo” (comunicación personal). La metáfora del monstruo o,

mejor dicho, la realidad de lo monstruoso aparece como una forma de nombrar lo innombrable, aquello indescriptible que invade toda la vida cotidiana de estas mujeres como de un sabor o un olor particular que no se sabe bien de dónde proviene, pero que de alguna manera se vuelve incontrolable e inasimilable. La experiencia migratoria, vivida en un principio y en parte como una decisión voluntaria, se transforma lentamente en algo monstruoso, en algo doloroso, violento y amenazante. Frente a estas situaciones de soledad, impotencia y vulnerabilidad, vividas individualmente, la posibilidad de reunirse y compartir las experiencias se convierte de forma gradual en una alternativa fundamental que, como veremos, marca un hito en sus vidas.

Estos primeros encuentros fueron acompañados, luego, por un largo proceso de capacitación y consolidación del grupo que duró aproximadamente dos años. Dicho proceso implicó una serie de espacios grupales, tipo taller, en los que ellas se fueron reafirmando en temas como la autovaloración, la consciencia sobre sí mismas y, al mismo tiempo, la consciencia sobre sus propios derechos laborales como trabajadoras domésticas y como mujeres migrantes, pero también sobre sus derechos como mujeres en general. Sobre este proceso mediante el cual se va tejiendo, lentamente, la red de mujeres, varias de ellas nos comentan:

Sí, era también el compromiso que nos hicimos, porque desde la primera reunión dijimos, invitemos a una compañera más y siempre llevábamos a una más y a una más, y a veces estábamos veinte, veinticinco. Y a veces se le bajaban las *llantas* (el ánimo) a uno, porque algunas compañeras que llegaban creían que *nosotras* teníamos reales (...). Sí, que pagaban o algo, entonces *nosotras* les decíamos que los conocimientos no se pagan y es algo que era para que fuéramos creciendo *nosotras* en este país. Ni soñábamos con que nos hiciera caso alguna institución (...). Para nosotras era importante, era un espacio muy bonito que lo esperábamos todos los fines de semana. Era alegre, porque

nos platicábamos a *nosotras* lo que pasaba, éramos como una familia, más que hermanas, porque a veces entre los hermanos no tenemos la misma comunicación y entre *nosotras* sí nos comunicábamos y nos acuerpábamos. (Énfasis propio) (comunicación personal)

Durante este proceso de consolidación, ellas participaron en estos espacios grupales, en los que además de capacitarse en los derechos laborales y migratorios, se iban apropiando de otras experiencias de vida como mujeres. Estos eran espacios en los que a partir de la experiencia de autorreflexión empezaban a apropiarse de la capacidad de valorarse a sí mismas, de reconocer sus propios deseos y necesidades, y de enfrentarse al mundo con una mayor capacidad de autodeterminación. Así, empiezan a participar semanalmente, los domingos, de estos espacios que se llevaban a cabo en la sede de la Universidad Estatal a Distancia:

La autoestima fue lo primero que se trabajó. Porque yo me acuerdo que cada una expresamos lo que tenía, y después nos ayudaron de que nos levantáramos de lo que sentíamos. Porque más de una compañera llegó que no hablaba (...). Es una cosa que, la verdad, yo creo que yo lo voy a recordar hasta el día que me muera. De lo bonito que dijo, lo importante, lo que nos enseñaron, lo que aprendimos. Y aprendimos más allá, porque, diay, somos nicaragüenses, pero no sabemos si ella es de Masaya, qué es lo que hacen en Masaya. Todo eso lo aprendimos en el grupo, es una cosa muy linda, que quién sabe si volverá eso, verdad, con otra generación. (Énfasis propio) (Eva Marta, comunicación personal)

En esta escena se manifiesta claramente la importancia que tuvo este proceso en la vida de estas mujeres. El tema de la *autoestima* es recurrente, como si la posibilidad de apropiarse de nuevas formas de autovaloración, autorrespeto y autoconsciencia,

de acuerdo con Honneth (1994), vinieron a abrir nuevas potencialidades de ser y estar en el mundo como mujeres. La posibilidad de apropiarse de nuevos saberes, de conocimientos que les ayudaran a crecer como ellas mismas afirman, porque “más de una compañera llegó que no hablaba”, nos recuerda lo que expone Cixous sobre las mujeres durante los años setenta en Francia:

La mayoría de las mujeres que han despertado recuerdan haber dormido, *haber sido dormidas*. Érase una vez... y otra vez. Las bellas duermen en sus bosques, esperando que los príncipes lleguen para despertarlas. En sus lechos, ataúdes de cristal, en sus bosques de infancia como muertas. Bellas, pero pasivas, por tanto, deseables. De ellas emana todo misterio. (2001, p. 17)

De forma semejante a esta historia legendaria que compartimos las mujeres, más allá incluso de la cultura occidental, y que hace referencia a los cuentos de hadas tradicionales de origen europeo¹⁹, estas mujeres parece que viven una experiencia que forma parte de un lento, pero significativo proceso de apertura de sí mismas hacia nuevas experiencias vitales. Despertarse, levantarse, expresarse, tomar la palabra, abrirse a otras experiencias y ejercer la praxis política aparecen en sus relatos como una nueva posibilidad de aprendizaje sobre sí mismas y sobre el mundo en que les ha tocado vivir. Escuchemos a Eva Marta:

El de autoestima, que primero nos preguntaban la situación, cómo habíamos venido acá. A cada una, diferente. Y uno escribiendo, a ver qué era. Y después cuando ya *nosotras*

19 Particularmente, podemos recordar, de forma emblemática, cuentos de hadas como “La bella durmiente”, “Blanca nieves” y “La cenicienta”, entre otros, no obstante, estas imágenes permanecen, de forma insistente, endurecida y naturalizada en los cuentos y juguetes, así como en las películas y series televisivas dirigidas a la población infantil y adolescente hasta el día de hoy (Warner, 1994; Lexartza, 2015).

hablábamos, comenzaron los talleres. Cómo teníamos que hacer *nosotras*, de qué forma no agachar la cabeza ante una persona. Porque yo era una, yo miraba un tico y yo lo hacía con miedo. Porque tenía miedo de que me fueran a ofender, yo le agachaba la cabeza. Pero a través de esos talleres aprendí a no agachar la cabeza a nadie. (Énfasis propio) (comunicación personal)

De nuevo nos encontramos con imágenes de transgresión fuertes en relación con el lugar social asignado a las mujeres tradicionalmente. “No agachar la cabeza”, es decir, andar la cabeza en alto, parecen ser metáforas sobre procesos de autorreflexión y autoapropiación de aquellos recursos y cualidades subjetivas que habían estado de alguna forma adormecidos por siglos de violencia patriarcal. Tomar la palabra, dar la cara y no agachar la cabeza surgieron como formas de resistencia que marcaron una ruptura significativa con las formas de dominación simbólica que caracterizan la historia legendaria que compartimos como mujeres. Estas experiencias aparecen en sus relatos como una nueva posibilidad de autonomía subjetiva.

Al respecto, Bourdieu (1998), al comparar la comunidad de los bereberes de la Cabilia con algunos rasgos generales de las sociedades europeas contemporáneas, en relación con la dominación simbólica entre los géneros, afirma:

La actitud sumisa que se impone a las mujeres cabileñas es el límite de la que, en la actualidad, sigue imponiéndose a las mujeres en Estados Unidos o en Europa, y que, como han demostrado muchos observadores, se basa en unos cuantos imperativos: sonreír, bajar la mirada, aceptar las interrupciones, etc. (1998, p. 43)

En su análisis, el autor problematiza las posturas confrontativas de dar la cara y hablar en público como rasgos históricamente

asociados con la virilidad, en tanto característica de la masculinidad hegemónica. En este sentido, es muy significativa esta experiencia mediante la cual las mujeres protagonistas de esta investigación descubren que la posibilidad de no bajar la mirada, dar la cara y hablar en grupo implica un paso fundamental en el proceso de autodeterminación que están viviendo. Sobre la intensidad y estructuración de estas experiencias de formación que las fue capacitando en la posición de liderazgo necesaria para asumir ellas mismas nuevos procesos de formación y capacitación con otras mujeres, nos relata Eva Marta con orgullo:

Entonces teníamos que primero aprender *nosotras* para poder enseñarle a los demás (...). ¿Cómo íbamos a dirigirnos al público, a las mujeres, a los varones, a los inmigrantes? ¿Qué era lo que les íbamos a decir? *Nosotras* teníamos que aprender primero. Entonces nosotros le pusimos amor a aprender. Ese año y medio era como una escuela para *nosotras*, era muy alegre. Después me mandaron a hacer un curso a Cefemina (Centro Feminista de Información y Acción)²⁰, fui a hacer un curso ahí de seis meses, ese era para ayudar a la mujer cuando era agredida, maltratada por el varón. (Énfasis propio) (comunicación personal)

Este relato hace referencia a procesos de formación y capacitación que estuvieron marcados por experiencias de satisfacción y autorrealización subjetivas profundamente significativos en

20 Cefemina es una organización feminista, fundada en 1981: "que trabaja en la defensa y promoción de los derechos de las mujeres, entendiendo que para ello es imprescindible la conquista de Estados democráticos, laicos, y de sociedades justas, inclusivas e igualitarias. Está compuesta por mujeres y hombres de todos los sectores sociales, y de diversas profesiones y ocupaciones. Cada programa cuenta con un equipo coordinador y un amplio grupo de personas que realizan trabajo voluntario. Promueve la autoorganización de las comunidades y los grupos con interés de defender sus derechos. Promueve igualmente la constitución de Redes Regionales y Nacionales, como la Red Mujer No Estás Sola, para la atención y prevención de la violencia contra las mujeres" (Cefemina [página web] revisada el 16 de octubre del 2020).

la vida de estas mujeres. Durante casi dos años ellas se reunieron de forma sistemática, los fines de semana, para recibir los cursos de capacitación y formación, y para ir a los parques a buscar otras mujeres. De esta forma, se fue construyendo un tejido comunitario que les permitió formar las bases de lo que posteriormente se iba a convertir en una red amplia que integra mujeres migrantes nicaragüenses de diferentes partes del país.

Uno de los recursos principales para construir este tejido lo constituía el compartir en torno a la comida. Durante el primer año de capacitación, ellas recibían un refrigerio semanal, con galletas y gaseosas, entonces, se organizaron para utilizar el dinero del refrigerio, juntarlo con aportes de ellas y así cocinar juntas comida nicaragüense. Sobre estas vivencias, Eva Marta nos relata:

Sí, pero era una tontera, *nosotras* juntábamos entre todas y decíamos, bueno, más lo del refrigerio que nos dan, juntamos *nosotras* y hacíamos comiditas nicas, celebrábamos los cumpleaños. Pero eso era solo para un año. Entonces ya cuando se iba acabando ese año ya no nos iban a seguir apoyando, entonces, conocimos a Adilia²¹ y ella nos siguió capacitando e incentivando: “Organícense, organícense, no, no se queden así, tenemos que reclamar como mujeres” (...). Los viernes *nosotras* me recuerdo que nos encontrábamos con Olinda, y nos íbamos a los parques a invitar a las mujeres. (Énfasis propio) (comunicación personal)

La experiencia de formación y autorreflexión permitió crear, al mismo tiempo, un espacio social de convivencia y apoyo emocional muy significativo en la vida de estas mujeres. Un espacio que vino a llenar en parte el vacío que la separación abrupta de sus familias y personas cercanas, a partir de la experiencia

21 Adilia Solís, directora de la fundación Centro de Derechos Sociales de la Persona Migrante (Cenderos).

migratoria, había producido en sus vidas. El cocinar juntas comida de su país y compartir entre ellas y con las mujeres que se iban acercando al grupo se convirtió en un ritual de encuentro regular sobre el cual se fue consolidando la experiencia grupal. En estos encuentros dominicales compartían sobre sus experiencias cotidianas, los obstáculos y las dificultades que se les presentaban y las estrategias diversas que construían para enfrentarlos, y así se fueron tejiendo vínculos afectivos de amistad y solidaridad muy significativos. Después de más de quince años de haber comenzado a formar esta experiencia de la Red, estas mujeres todavía se sienten parte de una experiencia comunitaria que ha sido fundamental en sus vidas²².

Tanto para las lideresas que actualmente laboran de forma directa para la Red como para aquellas que apoyan el trabajo desde una posición más tangencial, el vínculo afectivo de amistad constituye una herencia profunda que las ha marcado de forma irreversible. Igualmente, en relación con la manera en que desde el grupo se fueron rescatando las tradiciones culturales nicaragüenses, recuerdan varias de ellas con emoción y nostalgia:

Fue una experiencia muy linda, porque fue una etapa que realmente conocimos nuestra cultura y nos vimos en la obligación de que se resaltara el folclor y nuestras costumbres. Porque decíamos nosotros, aquí veníamos a Costa Rica y la mayoría se van a olvidar de nuestras raíces y se van adaptando más a lo que es el país de aquí, y es lógico, si nadie les resaltaba eso, se iba perdiendo (...). Y de ahí vino la idea de los bailes, era Olinda, Lolita, Eva Marta y Aminta las que daban clases. No había material, porque no había material realmente para bailar, entonces ahí, yo no sé, las enaguas las prestaban por ahí y buscaban un pantalón ahí, yo no sé cómo [risas de fondo]. (Comunicación personal)

22 Actualmente, yo mantengo, en diferentes espacios, una relación cercana con algunas de estas mujeres.

Actualmente, se mantienen los bailes, las comidas y las celebraciones típicas para el Día de la Madre (30 de mayo), el Día del Padre (que se celebra, aunque con menos énfasis), el Día de la Purísima (7 de diciembre), el Día de las Culturas (12 de octubre) y para el mes de las migraciones que se celebra en setiembre, entre otros. Estos días se celebran normalmente los domingos, de manera que las trabajadoras domésticas que laboran toda la semana puedan asistir a las actividades. A través de estas actividades, la Red busca construir espacios grupales mediante los cuales se pueda crear tanto un acercamiento con los orígenes culturales compartidos como una forma de enfrentar la separación y la distancia inevitable que se impone a partir de la experiencia migratoria.

Frente a la necesidad vital de integrarse en el nuevo espacio cultural y frente a la discriminación vivida como nicaragüenses en Costa Rica, el rescate de bailes, comidas, música y otras tradiciones culturales se convierte en una forma de mantener el vínculo identitario con sus orígenes culturales. La radio, de acuerdo con Eva Marta, constituye otra vía de contacto y comunicación permanente con Nicaragua, con amistades de allá como de aquí y con información importante sobre Nicaragua, tanto del país en general como en el nivel más personal o comunitario:

También nosotros nos integramos en la radio Cucú, con un programa que se llamaba “La Nicaragua actual”, que era de un señor nicaragüense, don Pedro Espinoza Calavera. Don Pedro logró reunir a una cantidad de nicaragüenses, le voy a decir tal vez unas 500 personas que diariamente escuchaban. Entonces como él miraba el alboroto de *nosotras* ahí, me decía: “Vos vas a ser la presidenta del club de oyentes de la radio Cucú”. Y a mí no me daba pesar gastar teléfono y yo estaba todos los días, a las seis de la tarde que era el programa, saludando a medio mundo [ríen y hablan a la vez] (...). Entonces me acuerdo, que una vez me dijo:

“Tenés que actuar ahora”. “Entonces, ¿qué tengo que hacer?”. “Llevarme ese mensaje al parque y hacer contacto con otra gente”. Y así comencé a dar testimonios, que es lo que hacíamos *nosotras*. (Énfasis propio) (comunicación personal)

A través de la radio, actividades culturales, reuniones y talleres semanales, se fue tejiendo un espacio grupal que fue creciendo poco a poco hasta conformar las bases para la creación formal de la Red de Mujeres Migrantes Nicaragüenses. La radio se convirtió en un espacio de encuentro y comunicación entre las personas migrantes nicaragüenses donde se compartía casi diariamente tanto sobre las experiencias vividas en Costa Rica como sobre lo que ocurría en su país de origen. Al lado de la radio, como una forma de continuidad de las tradiciones orales, así como la comida, la música y los bailes, también estaba presente el componente religioso. En este sentido, una vez al mes en la Iglesia de La Merced se celebraba una misa campesina, en la que se retomaban rituales y música nicaragüense asociados con esta tradición que surge del proceso revolucionario en Nicaragua. Escuchemos en el relato cómo se entrelazan estas diversas experiencias asociadas con las tradiciones culturales:

Éramos inseparables. *Nosotras* hacíamos las actividades y esto nos fue acercando más. Hacíamos actividades, por ejemplo, hacíamos una reunión mes de por medio, pero de “traje” (de traer algo). Una vez hicimos una gallo pintada, todas hicimos gallo pinto (comida típica compartida por Nicaragua y Costa Rica), cada una llevaba el gallo pinto a su manera. Entonces una dice, yo voy a llevar chicharrones, yo llevo tortillitas palmeadas, yo voy a llevar maduro cocido, yo llevo yuca cocida. Viera qué cosa más bonita. (Énfasis propio) (comunicación personal)

Una vez más nos encontramos con que la comida y, particularmente, la comida nicaragüense, ha jugado un papel fundamental

en la construcción de vínculos afectivos que ayudaron a consolidar la vivencia de grupo y comunalidad. La afirmación “éramos inseparables” evoca una experiencia de vinculación afectiva, intimidad y complicidad, que contrasta fuertemente con el aislamiento vivido en sus trabajos. Ellas logran construir un tejido colectivo en el que las continuidades y discontinuidades, las semejanzas y diferencias como mujeres migrantes nicaragüenses en Costa Rica se empiezan a hilar en una trama común que potencia una nueva etapa en sus vidas.

De manera semejante a estas experiencias compartidas en el local de Cenderos, las mujeres hacen referencia también a las experiencias vividas y compartidas en el parque de La Merced, espacio público emblemático de encuentro entre las personas nicaragüenses recién llegadas o incluso con años de vivir en Costa Rica (Sandoval, 2002; Hobarty Mejía, 2003; Jiménez, 2009; Hidalgo, 2016, entre otros). En este se reúnen las personas nicaragüenses a diario, pero principalmente los sábados y domingos para compartir la experiencia de la migración y las vivencias cotidianas en el trabajo, en la familia, con los amigos o en la calle. Cuando estas mujeres ni siquiera se imaginaban la posibilidad de tener un grupo o una red para asociarse como colectivo, el parque de La Merced era el lugar de encuentro primordial.

Como la mayoría de ellas vivían en la casa de las personas empleadoras, no tenían casa propia y, por lo tanto, no tenían un espacio de encuentro. El único lugar posible era el parque de La Merced y ahí pasaban las experiencias cotidianas más diversas, compartidas como grupo. Escuchemos una impactante escena sobre las complicaciones de vivir la intimidad de algunos de los vínculos afectivos más cercanos en un espacio público. Al respecto, nos narra Dolores:

No tienen adónde ir. Entonces pasan *todo* el día en el parque.
Tienen que pagar para ir a orinar, por irse a cambiar un *kotex*

(una toalla íntima). Tienen que pagar por *todo*, por *todo* (...). Porque al principio, cuando iniciamos las reuniones, pero siempre con las dificultades, Roxana, en el parque, nosotros celebrábamos *todo*, cumpleaños. En el parque nos bajaba la menstruación. La navidad nos dio en el parque también (...). Me acuerdo la vez que estábamos celebrando un cumpleaños. Se vino un vendaval y se nos llevó *todos* los platos, los vasos, las cucharas y aquel queque quedó incomible, toditito lleno de tierra. Y para colmo de males se vino un aguacero. Y era aquella pasta del queque *toda* mojada y agarramos el queque en carrera, estaba *todo* sucio y ya lavado por la lluvia, lo llevamos allá a la parada del guarda y nos quedábamos viendo el queque y ahí le cantamos el cumpleaños. (Énfasis propio) (comunicación personal)

La repetición de la palabra *todo* parece evocar algo abusivo, desmedido e ilimitado. En el parque se pasaba todo el día, se pagaba por todo, se celebraba todo y todo ocurría ahí, además, el viento se llevó todo y todo se ensució, todo se perdió. Hay algo de lo avasallante e imponente de la experiencia migratoria que pareciera estar presente en este relato. El parque, como un lugar de encuentro que acoge, es, al mismo tiempo, paradójicamente, un lugar abierto, que expone, abandona y deja a la intemperie. No protege de la lluvia, del frío, ni del sufrimiento y las ausencias. El parque contiene, protege, abraza, en medio de una ciudad extraña y desconocida, pero no daba abasto, no era suficiente para tantas necesidades y deseos insatisfechos por la migración. El parque representa un lugar de encuentro y, al mismo tiempo, un lugar marcado por la vulnerabilidad.

Dolores nos expone, en su relato, diversas experiencias cotidianas vividas en el parque por las trabajadoras domésticas los domingos, el único momento y lugar de encuentro posible. En su narración hace referencia a experiencias que van desde el compartir cómo resolver algunos de los actos más íntimos en el plano del cuidado personal, hasta las celebraciones más importantes

en la vida de estas mujeres, como los cumpleaños y la navidad. Todas estas experiencias han tenido que ser vividas y compartidas en situaciones teñidas por enormes dificultades y limitaciones asociadas con las condiciones ambiguas que tiene un espacio público como este. Escuchemos, de nuevo, a Dolores en otro relato en el que hace referencia a situaciones en las que ella tuvo que hacer uso de sus conocimientos como asistente de enfermería, cuando alguna mujer tenía algún contratiempo asociado con la salud y en medio parque había que resolver la emergencia:

La vez pasada había una muchacha que andaba con una infección en los riñones y andaba las inyecciones, pero no hallaba quién le pusiera la inyección. Y le digo: “yo te la voy a poner”. Entonces, en el parque, tres le tapamos las nalgas y yo le puse la inyección ahí en la banca del parque. Entonces viendo todo esto fue que se creó esta casa (...). Otra muchacha andaba, una señora, ya como de unos cincuenta años, parece que por su periodo de menopausia se le había suspendido su periodo menstrual y le baja la menstruación y la señora estaba suelta en hemorragia y no se quería mover (...). Entonces se levantó y le pusimos un trapo aquí, para mientras se iba ella a ver cómo se cambiaba (...). La otra se le reventó una úlcera varicosa y estaba que aquel solazo y digo yo: “No puede ser”. Sí, ya han venido varias veces compañeras que llegaban, que me duele esto, que no aguanto. “No, no, venga, siéntese aquí tranquila, no se preocupe”. (Comunicación personal)

Estos relatos nos hablan de condiciones de desamparo y vulnerabilidad sumamente difíciles en las cuales las trabajadoras domésticas migrantes en Costa Rica han tenido que crear estrategias de sobrevivencia y resistencia muy diversas. El parque, como lugar de encuentro, ha sido y sigue siendo un lugar para compartir los momentos más diversos, en las condiciones más inimaginables posibles. Desde las vivencias más cotidianas,

situaciones de salud inesperadas o celebraciones importantes, hasta el recibir noticias de Nicaragua, incluso, de esas noticias que te marcan para toda la vida. Eva Marta recuerda una escena muy dolorosa vivida en el parque hace ya unos años:

Me recuerdo una señora que le mataron al hijo, en la universidad, por quitarle los zapatos, allá en Nicaragua. Y la señora estaba ahí sentada con *nosotras* y se levantó porque eran las seis de la tarde y comenzó a llover y llega alguien a buscarla ahí y dice: “Ando buscando a la fulana, es que fijese que acabo de hablar de Nicaragua y le mataron al hijo”. (Énfasis propio) (comunicación personal)

El parque constituye, entonces, también un lugar de comunicación fundamental, un espacio donde encontrarse, informarse, acompañarse, resolver asuntos cotidianos o, incluso, conseguir trabajo. Otra escena del parque, también profundamente dolorosa, la narra de nuevo Eva Marta, cuando ella se entera de cómo la hija de una conocida suya había desaparecido en Nicaragua:

La muchacha llegó del mismo lugar, Chinandega, y me recuerdo que llevaba en brazo una niña como de tres años. Y la niña creció aquí. Una vez me acuerdo que la chiquita tenía ya 10 años y me dice: “Voy a tener que irme a Nicaragua a dejar a mi niña y ya regreso a trabajar”. “Y quién te la va a cuidar”, le dije yo. “Mi suegra y mi mamá”, me dice. Entonces se fue a Nicaragua y después, lo que nunca, jamás, me imaginé lo que yo iba a ver. Como tres meses después, yo ya voy para el trabajo, porque era domingo, tengo que entrar a trabajar, a dormir al trabajo. Cuando viene una mujer llorando de un lugar y el montón de gente, donde es el mercadito ahora, ahí lloraba una mujer, yo me fui corriendo a ver quién era la mujer y voy viendo a la muchacha y donde ella me mira, ella se me tira encima, eran las seis de la tarde: “Pero ¿qué fue?”, y ella llorando desconsolada, “pero ¿qué fue?, decime”. “Ay, Marta, voy para Nicaragua

de emergencia, pero no tengo ni un cinco para irme. Mi hija se ha desaparecido" (...). Han pasado diez y seis años y la chiquita nunca apareció. (Comunicación personal)

El parque de La Merced se ha convertido a lo largo de los años en uno de los principales referentes sociales y culturales de la migración nicaragüense en Costa Rica (Sandoval, 2002; Hobarty Mejía, 2003; Jiménez, 2009). Es un espacio público donde los nicaragüenses han podido construir un punto de referencia para convivir y compartir tanto algunos de los momentos más difíciles y dolorosos asociados con la migración como también aquellos momentos en los que los logros de la experiencia migratoria se manifiestan con mayor fuerza. En el parque también, simplemente, la gente se reúne para conseguir trabajo y, además, es un punto de encuentro fundamental para mandar las encomiendas, sin tener que pagar precios por el transporte de objetos o, incluso, dinero, que para muchos nicaragüenses serían impagables:

Sí, los hombres ahí se manejan, esperando que lleguen a buscarlos para la construcción. Ahí vas a ver el montón de hombres sentados y llega un contratista y les dice: "Vamos, que hay que hacer esto". Y ahí se los levantan. Entonces el parque de La Merced es como el punto de referencia (...). Y los domingos es como para compartir comida, para mandar encomienda, porque llegan los encomenderos (...). Sí, gente que viaja a Nicaragua, entonces, hay gente que ocupa remesas. Ya llega una mujer ahí y se sienta y ahí está con su bolsón agarrando la plata que mandan y las poquitas cosas que uno puede mandar ahí también. Y recibiendo cartas, porque esas mismas que te mandan la encomienda te traen cartas o encomiendas de tu familia. (Eva Marta, comunicación personal)

El parque también se ha convertido en un lugar de resistencia. Por un lado, el parque como espacio público se convirtió en un punto de encuentro fundamental, pero al mismo tiempo, es un

espacio donde a menudo se abusa de los nicaragüenses por el simple hecho de ser extranjeros, personas migrantes que se asume no tienen los mismos derechos que los ciudadanos costarricenses o que otros extranjeros que tienen un nivel socioeconómico más alto o que tienen otra nacionalidad. En la siguiente escena, Olinda nos narra cómo a partir del proceso de autorreflexión y capacitación que ellas han vivido, han ido aprendiendo a defender de una forma más clara y directa sus derechos como ciudadanas:

Otra cosa que *nosotras* vivimos ahí en el parque de La Merced, que también lo recuerdo mucho, fue cuando *nosotras* aprendimos a cuidar nuestros derechos, el derecho y lo que no deben hacer también. Me recuerdo que yo me senté como una gallina, que ya sabía defender a los demás: “Yo me sé defender y no me voy a dejar de nadie”. Un día vienen unos policías de esos, de la municipalidad y un anciano se le acerca a preguntarle que adónde estaba algún lugar. Y fue como una ofensa para el policía que el señor le haya preguntado. Me acuerdo, que el policía agarró al señor, le dio un golpe y el señor dio vuelta y cayó al suelo. Y a mí se me subieron los apellidos, y le voy reclamando al policía y me dice: “Muerta de hambre, desgraciadas, ya viene la ley, yo mismo las voy a sacar de aquí”. Con cualquier cantidad de odio nos dijo la policía. Y yo como la gallina brava: “Mira lo que estás haciendo, porque esto te va a pesar”. “¿Y qué me vas a hacer?”, me dice. Y yo: “¡Ahí vas a ver!”. (Énfasis propio) (comunicación personal)

Frente a la imagen de las mujeres que llegaban, que casi no hablaban o daban la cara, en este relato nos encontramos con una mujer que no solo asume la palabra de forma activa, sino que se enfrenta con una autoridad institucional, como la policía, y la confronta frente a su actitud xenofóbica y arbitraria. Otro día, de nuevo en el parque de La Merced, Olinda, junto a una amiga periodista de Nicaragua, se encuentran que la policía tiene detenidos aproximadamente a diez hombres nicaragüenses

sin mayor razón que la de estar sentados en el lugar. Los hombres no habían cometido ninguna falta o delito y, sin embargo, los tenían detenidos y les habían quitado los documentos e incluso el dinero que llevaban. Entonces, ellas intervienen y logran que los liberen y les devuelvan sus pertenencias:

Y veníamos del Canal 23 de Nicaragua, veníamos de una entrevista y le digo: “Mary, volvé a ver lo que están haciendo los hombres de la municipalidad”. La Mary se pone y me dice: “Prendé la cámara y peguémosla”. Entonces yo me pongo del otro lado y la policía no se fija que *nosotras* tenemos la cámara prendida, y se la pegamos. Cuando los policías dan vuelta y miran, se arrimaron a querer quitar la cámara y les dice Mary: “No, yo soy una periodista y usted no me puede quitar esta cámara. Le devuelve los documentos a esta gente y su dinero que le han quitado o yo los denuncio. Yo estoy autorizada para entrar a Costa Rica”. (Énfasis propio) (Olinda, comunicación personal)

En estas dos escenas de violencia xenofóbica de parte de la policía, podemos observar cómo en el parque de La Merced, también los migrantes nicaragüenses, como colectivo vulnerable, se encuentran expuestos a una violencia de carácter institucional. No podemos olvidar que, durante el 2018, en medio de una crisis marcada por la polarización social y la confrontación política en Costa Rica, hubo una marcha de carácter xenofóbico de un pequeño grupo de la sociedad civil que llegó al parque expresamente para agredir y supuestamente expulsar a los nicaragüenses del país. Afortunadamente, la situación fue controlada por la policía y no se llegó a consecuencias más graves (Boeglin, 2018). Como hemos podido observar, este trabajo lento pero profundo de construcción de un *nosotras*, de una experiencia de comunidad, ha implicado la posibilidad de apropiarse de la capacidad de autodeterminación necesaria para enfrentarse con estas experiencias diversas de discriminación xenofóbica, de género y laboral.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

Acerca de la autora

Roxana Hidalgo Xirinachs es psicoanalista, Ph.D. en sociología por la Universidad Johann-Wolfgang Goethe, Alemania, y licenciada en psicología por la Universidad de Costa Rica. Se desempeñó durante más de 35 años como profesora catedrática de la Universidad de Costa Rica en la Escuela de Psicología y en el Instituto de Investigaciones Sociales. Asimismo, fue coordinadora de la Maestría Académica en Teoría Psicoanalítica, directora del Posgrado en Psicología y del Doctorado en Estudios de la Sociedad y la Cultura.

Corrección filológica: *Fabiola Benavides P.* • Revisión de pruebas: *Sherlyn Jiménez B.*
Diseño de contenido y diagramación: *Raquel Fernández C.*
Diseño de portada: *Hilda Hidalgo X.* • Ilustración de portada: "Las tres Marcias", 2015.
Monotipia al trazo, *Marcia Salas.* • Control de calidad: *Grettel Calderón A.*

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEDUCA),
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN.
Junio, 2025.

En *Arquitectas de la palabra* se escuchan las voces de mujeres trabajadoras domésticas, como un acercamiento a las vivencias subjetivas que las llevaron a buscar alternativas de organización social y política diversas contra las formas de violencia patriarcal, xenofóbica y laboral que tuvieron que soportar durante años. En este texto se explora cómo surgió un intenso proceso de transformación subjetiva que las llevó a tejer espacios de comunidad en los que las vivencias de sujeción, dominación y explotación que les tocó enfrentar durante los primeros años de la experiencia migratoria dieron paso a una novedosa experiencia de autonomía político-subjetiva en sus vidas.